

costumbres, la cual hacia que todas las Indias pareciesen enteramente paganas. Tal era la faz de la cristiandad del nuevo mundo, cuando el P. Javier llegó á él. Mas apenas se dejó ver este nuevo apóstol cuando aquella viña inculta vino á ser la porción mas florida de la Iglesia. Para hacer que el cielo derramara sus bendiciones sobre una empresa tan difícil, pasaba la mayor parte de la noche en tratar con Dios, y solo dormia tres ó cuatro horas: se ponía en oracion al amanecer, y acabada la oracion decia misa. Lo restante de la mañana lo empleaba en los hospitales, y en visitar las cárceles. De vuelta de estos nuevos ejercicios se iba por las calles de la ciudad tocando una campanilla para juntar los muchachos y enseñarles el catecismo. Estas jóvenes plantas recibian sin trabajo las impresiones que hacian en ellos las instrucciones del padre, y por ellas comenzó la ciudad á mudar de faz. Sus predicaciones acabaron de hacer la reforma de las costumbres: los pecadores mas escandalosos, penetrados del horror de sus delitos, se confesaron los primeros. Bien pronto los siguieron los demás: los contratos ilícitos se anularon, como tambien los usurarios; se restituyó la hacienda mal habida; se dió libertad á los esclavos que se habian hecho cautivos injustamente; y en fin, se arrojaron las concubinas. El uso de los sacramentos se hizo frecuente, y la piedad se estableció en todas partes con tanta admiracion del obispo de Goa, que no cesaba de publicar que una mudanza de costumbres tan repentina era uno de los mayores milagros.

Despues de convertida Goa dijeron á Javier, que en la costa de la Pesqueria habia un gran número de pescadores, llamados páravas, que habian sido bautizados en otro tiempo, pero que ya no tenian de cristianos sino el bautismo. No fué menester mas para inflamar el zelo del Santo, el cual sin detenerse pasó allá; y luego que hubo llegado, supo que en una de aquellas chozas habia una mujer que, despues de tres dias de dolores veheméntisimos de parto, no podia dar á luz la criatura. Acude el Santo á este riesgo, instruye á aquella pobre india en los misterios de nuestra religion, la convierte, la bautiza, y al instante pare felizmente, y se halla perfectamente sana: un milagro tan visible llena la cabaña de espanto y de alegría: toda la familia se convierte, y dentro de pocos dias siguen su ejemplo toda la aldea, y casi toda la costa de la Pesqueria, en donde bautizó un tan gran número de páravas, que escribió de su puño á los padres de Roma, que de tanto bautizar ya no podia levantar el brazo, y que veia renovarse todos los dias en aquel país los prodigios de la primitiva Iglesia. Se servia de los niños bautizados

para curar los enfermos. Los templos de los falsos dioses fueron destruidos en poco tiempo, y los ídolos hechos pedazos. Los brazmanes, que eran como los sacerdotes y religiosos del país, sobresaltados de la novedad, se juntaron en número de muchos millares. Javier los confundió, y convirtió á muchos; y con esta gloriosa conquista triunfó la fe de Jesucristo en toda aquella comarca. El mismo Santo confiesa, que por medio del *Ave María* alcanzó de Dios la conversion de la mayor parte de los paganos. Comenzaba todas sus instrucciones rezando el *Padre nuestro*, y las terminaba con el *Ave María*. Su mansedumbre, su caridad, sus modales agradables, su modestia le ganaban todos los corazones: la fuerza y la unción de sus palabras convencian los espiritus, y su santidad manifestada por una infinidad de milagros, acababa de convertir los pueblos. Sanó repentinamente á un hombre, cuyo cuerpo era todo una llaga; y resucitó en presencia de los brazmanes cuatro muertos. En su vuelta á Goa fundó el seminario de santa Fe, que vino á ser muy en breve un plantel de zelosos misioneros. Pasó al reino de Travancor, donde predicó la fe, y en menos de un mes bautizó por su mano diez mil idólatras. Le comunicó Dios el don de lenguas; y lo que no se habia visto desde los apóstoles en aquellas tierras, hablando una sola lengua á muchos millares de pueblos todos diferentes, todos le entendian, creyendo cada uno que hablaba en su propia lengua.

Viendo los brazmanes abandonado el culto de las pagodas, determinaron matarle; pero Dios le conservó de un nublado de flechas, de las que una sola bastaba para quitarle la vida. Entraron los badajes armados en el reino de Travancor, resueltos á llevarlo todo á fuego y á sangre: su ejército era muy numeroso: corrió hácia ellos S. Javier con un crucifijo en la mano, y luego que estuvo en paraje que pudiera ser oído, les gritó: Yo os prohibo en el nombre de Dios vivo pasar mas adelante; y os mando de su parte que volvais atrás: lo mismo fué decir estas palabras, que aquella inundacion de bárbaros, sobrecojidos de un terror pánico, echaron á huir con el mayor desórden.

La reputacion del nuevo apóstol no estuvo encerrada en los límites del reino de Travancor, sino que se estendió á todas las Indias. Los habitantes de la isla de Manár le pidieron que fuese á instruirlos: les envió misioneros, y se convirtió toda la isla. Siendo cada dia mas abundante la mies, llevó Javier la luz del Evangelio de isla en isla, de reino en reino, hasta las últimas estremidades del Oriente; y habiendo ido á Meliapor, donde está el sepulcro de Sto. Tomás, hizo prodigiosas conversiones.

Un mercader de Meliapor al irse á embarcar para Malaca le pidió una prenda de su amistad; Javier le dió su rosario, y le dijo: No os será inútil esta alhaja, con tal que tengais confianza en Maria. Apenas se habia hecho á la vela, cuando una furiosa tempestad echa el bajel contra una roca, y le estrella. El mercader, lleno de confianza en la santísima Virgen, y teniendo el rosario de Javier en la mano, se encuentra repentinamente trasportado á la costa de Negapatan á muchas leguas de donde habia sucedido el naufragio. Llega el santo apóstol á Malaca, para pasar de allí á Macazár: predica, confiesa y convierte á una infinidad de facinerosos y de pecadores, bautiza á muchos idólatras, mahometanos y judíos, y entre otros á un famoso rabino, que abjuró públicamente el judaismo. En ninguna parte hizo el Santo tantos milagros como en Malaca: con solo tocar su sotana, besar sus manos, ó recibir su bendicion, quedaban curados repentinamente toda suerte de enfermos. Habiendo ido á hacer un pequeño viaje por los alrededores de Malaca, murió una doncellita, á quien habia bautizado poco antes: la madre va á buscar al Santo desconsolada, y postrándose á sus pies hecha un mar de lágrimas, le dijo: Siervo de Dios, mi hija ha muerto; pero si quereis invocar sobre ella el nombre de Jesucristo, al instante recobrará la vida. Movido Javier de compasion, ora á Dios en silencio un poco de tiempo; y volviéndose luego hácia ella, la dice: Vete, tu hija está viva.—Ha tres dias que está enterrada, replica la madre.—No importa, responde Javier; vete, abre su sepulcro, y la hallarás viva. Corre la madre á la iglesia, hace levantar la piedra que cubria la sepultura, y encuentra á su hija viva y sana.

No hallando el santo Apóstol descanso sino en sus trabajos, va á Amboyna, donde predica la fe á los paganos, y casi toda la isla se hace cristiana. Recorriendo las islas vecinas, se consternan los del bajel á vista de una furiosa tempestad; saca Javier de su pecho un pequeño crucifijo que llevaba siempre consigo, y queriendo tocar con él la mar, se le escapa de la mano y se le llevan las ondas: esta pérdida le aflige; pero veinte y cuatro horas despues, habiendo abordado á la isla de Baranura, se vió asomar un cangrejo que llevaba en sus uñas al mismo crucifijo, y que venia derecho á la ribera á entregársele al padre. De Baranura pasa á la isla de Ulate, encuentra á su rey sitiado en la capital, y á punto de entregarse al ejército enemigo por falta de agua: el Santo solicitó hablarle, y le pide licencia para plantar una cruz, ofreciéndose á darle agua con abundancia si le da palabra de hacerse cristiano con todo su pueblo. El príncipe viene

en ello; y apenas se plantó la cruz, cuando una lluvia abundante proveyó á la necesidad y obligó al enemigo á levantar el sitio. El rey, en cumplimiento de su palabra, recibió el bautismo de mano del Santo con todo su pueblo; y despues de haber convertido algunos otros reinos vecinos, parte á las Molucas. Recorre rápidamente las islas de Ternate, de Tidór, de Motir, de Machan y de Bacan: predica, convierte y hace triunfar la fe de Jesucristo en todos estos parajes, que no habian tenido jamás la dicha de que llegase á ellos ningun apóstol. Habiendo recibido de Europa un nuevo refuerzo de misioneros, emprende la conversion de todo el Oriente. Intentan impedirle el viaje á la isla de Moro, por ser el país mas bárbaro y mas terrible. Basta que haya en ella almas rescatadas con la sangre de Jesucristo para que Javier no halle ni peligro ni obstáculos; se mete en la isla, anuncia la fe á sus habitantes, los suaviza, los instruye, los convierte; y estos pueblos bárbaros y crueles vienen á ser una de las porciones mas bellas de la Iglesia del nuevo mundo.

Convierte y bautiza en Ternate á casi toda la familia real: hace otro tanto en la isla de Zeylan, en los reinos de Candi, de Jafanapatan, en las Molucas y en todas las islas que hay al rededor de Macasar; y haciendo conversiones y milagros en todos los países, viene á ser él mismo el mayor de todos los milagros. El año de 1547 los acheneses, enemigos mortales de los cristianos, se presentan á la vista de Malaca con una flota de mas de sesenta navios grandes, todos bien equipados y bien armados, sin contar las barcas, los brulotes y las fragatas. Su primera espedicion fué quemar todos los navios portugueses que se hallaban en el puerto. Esta victoria hizo á los bárbaros tan fieros y tan insolentes, que habiendo hecho cortar su general las narices y las orejas á algunos pescadores que habian hecho prisioneros, los remitió al gobernador de Malaca con esta carta:

«Bajaja Soora, que tiene el honor de llevar en vasos de oro el arroz del gran soldan Alardin, rey de Achen, y de las tierras que lava el uno y el otro mar; te advierto escribas á tu rey que estoy aquí á pesar de él, infundiendo terror en su fortaleza con mis fieros rugidos, y que me mantendré aquí todo el tiempo que se me antoje. Pongo por testigo de cuanto digo, no solo á la tierra, y á las naciones que la habitan, sino tambien á todos los elementos hasta el cielo de la luna; y les protesto y declaro por las palabras de mi boca, que tu rey está sin valor ni reputacion; que sus estandartes abatidos no podrán enarbolarse jamás sin el permiso del que acaba de vencerle; que por la victoria que

hemos conseguido, tiene mi rey á sus pies la cabeza del tuyo, el cual desde este dia es su vasallo y su esclavo; y para que tú mismo confieses esta verdad, te desafio al combate en el sitio donde estoy al presente, si te sientes con bastante ánimo para resistirme.»

Aunque la carta del general bárbaro era ridícula y fanfarroña, no dejó de poner en gran consternacion á toda Malaca: solo Javier, lleno de confianza en Dios, animó á aquellos espíritus abatidos, y dijo al gobernador: *Si los bárbaros tienen tantos navios y tropas, nosotros tenemos en nuestra ayuda al Dios de los ejércitos: es menester ir á presentarles la batalla.* — *¿Pero como nos embarcaremos,* dijo el gobernador, *y en qué navios? pues de ocho bajeles grandes que habia en el puerto, solo quedan siete cascos de fustas enteramente maltratados; y cuando pudiéramos servirnos de ellos, ¿qué seria esto contra una escuadra tan numerosa?* — *Es verdad,* replicó el Santo sonriéndose, *que las siete fustas son viejas, y solo buenas para el fuego: sin embargo, que se dispongan á toda priesa. Nadie se atrevió á replicar á una orden tan precisa del varon de Dios. En dos dias se aprestaron las fustas; y apenas habian levantado áncoras para ir á buscar al enemigo, que se habia desviado un poco para ponerse fuera de tiro del cañon de la fortaleza, cuando la almiranta de esta pequeña tropa se abrió por medio, y se hundió repentinamente, sin que se pudiese salvar otra cosa que el equipaje. Javier estaba diciendo misa en la iglesia de nuestra Señora del Monte cuando le vinieron á dar noticia de esta triste aventura: hizo señal al criado del gobernador que se retirára, y cogiéndole despues de la misa, le dijo: Ve á decir á tu amo que la pérdida de un bajel no debe desanimarnos: vete, y confía; porque esa pequeña flota está bajo la proteccion de la santísima Virgen. Se pasó cerca de un mes sin que hubiese nuevas de las dos escuadras; cuando el padre, predicando un dia en la iglesia mayor de Malaca á las diez de la mañana, al mismo tiempo que las dos flotas estaban en el combate á mas de cien leguas de Malaca, se paró de repente, como fuera de sí mismo: luego volviéndose hácia el crucifijo con las lágrimas en los ojos, y los suspiros en la boca, exclamó: ¡O buen Jesus, Dios de mi alma, Padre de misericordia! yo os suplico humildemente por los méritos de vuestra sagrada pasion que no abandoneis á vuestros soldados. Acabadas estas palabras, bajó la cabeza, recostándose sobre la silla, sin decir palabra: despues, levantándose de pronto, dijo en voz alta con un trasporte de gozo, que no pudo contener: Hermanos míos, Jesucristo ha vencido por nosotros. En este mismo*

instante acaban los soldados de su santo nombre de derrotar la armada de los enemigos, en los que hacen una gran matanza: nosotros solo hemos perdido cuatro de los nuestros; el viernes próximo recibireis la noticia, y nuestra flota vendrá bien presto. El suceso lo verificó todo: una fragata llegó el viernes, y dos dias despues entró triunfante la pequeña flota al son de trompetas y al ruido de la artillería.

Habiendo el nuevo Apóstol conquistado para Jesucristo casi todas las Indias, y meditando nuevas conquistas, un japon, llamado Angeroo, arribó en una embarcacion china, el cual venia á buscar la quietud de su conciencia en los consejos del Santo, cuya reputacion se habia estendido por todo el Oriente. Luego que Javier le vió, conoció que este japon no solo seria el primero de sus paisanos que recibiria el bautismo, sino que por su mediacion le recibirian otros muchos en su tierra. Este conocimiento hizo que se llenase de gozo al verle, y que le abrazase con mucha ternura. Sin aguardar el Santo á que el japon le manifestara sus penas, le aseguró que hallaria el sosiego que habia venido á buscar tan léjos; pero que era preciso ante todas cosas, que abrazara la ley del verdadero Dios; para lo cual le envió al seminario de Goa, á fin de prepararle á él y á todos los de su familia á recibir el bautismo. El padre le siguió, y despues de haber acabado de convertir los idolatras que habian quedado en la costa de la Pesquería, en Monapar, en el cabo de Comorin y en la isla de Zeylan, que están al paso, llegó á Goa, donde encontró á su nuevo prosélito; y viéndole perfectamente instruido, le bautizó, le puso por nombre Pablo de santa Fe, é hizo de él uno de sus mas zelosos catequistas. Habiendo sabido por este neófito el estado del Japon, que era uno de los mayores reinos del mundo, determinó llevar á él las luces del Evangelio, á pesar de todo lo que se le pudiese oponer para desviarle de su piadoso intento. Escribió muchas cartas á Europa: la primera al rey de Portugal Juan III, llena de sabios consejos sobre el modo como debe gobernar un monarca. Escribió otra á S. Ignacio su general, y á los padres de Roma, en la cual les dice: «Como Dios le ha dado á conocer lo mucho que debe á las oraciones de los de la Compañía, que trabajan en la tierra, y que gozan en el cielo del fruto de sus trabajos. Cuando empiezo á hablar de nuestra Compañía, añade, no puedo acabar; pero la partida de las embarcaciones me obliga, contra mi voluntad, á no ser mas largo. He aquí lo que yo hablo mas á propósito para acabar mi carta: si yo te olvidáre en algun tiempo, ó Compañía de Jesus, mi mano derecha me sea inútil, y se me olvide el uso que debo

hacer de ella: *Si oblitus umquam fuero tui, Societas Jesu, oblivioni detur dextera mea.* Pido á nuestro Señor Jesucristo que ya que en esta vida miserable nos ha juntado en su Compañía, nos junte por toda la eternidad en la compañía de los Santos que le ven en el cielo.»

Habiendo recibido un nuevo refuerzo de misioneros al arribo de algunos jesuitas llegados de Europa, les prescribió las reglas que debían observar en sus misiones; y en calidad de nuncio apostólico y de superior general de todos los jesuitas de Oriente, les asignó á todos el lugar de su misión, y nombró superiores que en su ausencia gobernaran la Compañía en las Indias. Mientras esperaba la navegacion quedó en libertad, con lo cual se aplicó mas particularmente á los ejercicios de la vida interior, disponiéndose por medio del retiro para nuevos trabajos: Entonces fué cuando estando en la huerta del colegio de S. Pablo que habia fundado en Goa, unas veces paseándose, otras retirado en una pequeña ermita, colmado de aquellas dulzuras espirituales, de que estaba inundado su corazón, exclamó: Basta, Señor, basta; abriendo su sotana delante del pecho para dar un poco de aire á las llamas que abrasaban su alma. Finalmente, en abril de 1549 se embarcó en una fusta que iba á Cochín con el padre Cosme de Torres, el hermano Juan Fernandez y los tres japones convertidos, Pablo de santa Fe y sus dos criados Juan y Antonio. Estando en Malaca, supo que uno de los reyes del Japon pedía predicadores evangélicos al gobernador de las Indias; no se puede decir cual fué el gozo del santo Apóstol, y cual su deseo de partir cuanto antes á esta nueva conquista. Se embarcó el 25 de junio para el Japon, y despues de muchas tempestades que el Santo serenó y aplacó, abió á Cangogima el 15 de agosto del mismo año.

Era necesario un volumen entero solo para contar una parte de los trabajos, de los viajes, de las conversiones y de los prodigios que obró este santo Apóstol en aquel vasto imperio. Comenzó á predicar en Cangogima, donde convirtió muchas personas: disputa con los bonzos, que eran como los sacerdotes del país, y los confunde: cura toda especie de enfermedades con sola la señal de la cruz: resucita muchos muertos, entre los cuales algunos habian sido ya enterrados: predica en Saxuma, en Ekan-dono, en Firando, en Amanguchi: se hace mozo de espuela de un caballero para ir á Macao: anuncia el Evangelio en el reino de Bungo y en otras partes, en donde convierte millares de paganos; y en menos de un año hace florecer en el Japon la religion cristiana. Habiendo convertido Javier todos estos reinos,

insaciable todavía de conversiones, busca nuevos países donde hacer nuevas conquistas. Habiéndose embarcado para volver á la India, una de las borrascas mas furiosas desarboló la embarcacion, la que á cada momento se veía en peligro de naufragar: la sola presencia de Javier infundía seguridad en los soldados y marineros; mas un accidente que sobrevino, introdujo la consternacion en el navío. Habia cinco portugueses con diez japones en la chalupa que iba detrás, y que habian amarrado al navío con gruesos cables; pero habiéndose embravecido el viento durante la noche, la violencia de las olas rompió los cables, y la chalupa era llevada al arbitrio de las olas, que se levantaban como montañas. Todos creyeron que los cinco hombres hubiesen perecido, y la chalupa hubiese sido ó estrellada, ó tragada por las olas. El capitán Eduardo de Gama, amigo del Santo, estaba inconsolable, por haber perdido á su sobrino, y los otros sentían igualmente la pérdida de sus compañeros, cuando S. Javier, saliendo de su oracion, y encerrándose con Gama, le dijo con un rostro risueño: No os aflijais, hermano, antes de tres dias vendrá la hija á encontrar á su madre. Bien se comprendió lo que queria decir el Santo, mas la cosa parecia tan poco posible, que no se podia creer. Viendo el Santo que no cesaban las lágrimas, les dijo con un tono de seguridad: La confianza que tengo en la divina misericordia, me hace esperar que no perecerán las personas que he puesto bajo la proteccion de la santísima Virgen, y por las que he hecho voto de decir tres misas en nuestra Señora del Monte. Dijo al capitán que hiciera subir á alguno á la gavia para ver si acaso parecia la chalupa. El Santo pasó todo el dia en plegarias; y saliendo de su retiro por la tarde, preguntó si habia parecido la chalupa: no le respondieron sino con la risa. Dijo que se bajáran las velas para dar tiempo á la chalupa de alcanzar al navío. Se reían interiormente de la confianza del Santo, cuando un niño, que estaba sentado al pié del árbol mayor, exclamó repentinamente: Milagro, milagro; miren ustedes allí la chalupa: en efecto abió la chalupa, quedando todos admirados y gozosos; abrazaron á aquellos hombres que ya creían perdidos; pero se sorprendieron todavía mas cuando supieron que habian venido en medio de la mas horrible tempestad que se vió jamás, sin que temieran ni perecer ni descaminarse; porque decían que el padre Javier era su piloto, y su presencia los aseguraba.

Habiendo arribado á Malaca el santo Apóstol, toma la resolucion de llevar á la China las luces de la fe. Aunque se ofrecian muchas oposiciones, capaces cada una de trastornar una empresa

tan santa, Javier, superior á todos los obstáculos cuando se trataba de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, no se acobardó. Deseaba que se enviara una embajada á la China, para abrir por medio de ella la puerta al Evangelio; pero se opuso con tenacidad D. Alvaro, gobernador de Malaca. El Santo lo siente vivamente, y atribuye á sus pecados el que no tenga efecto la embajada: el gobernador fué castigado terriblemente, como el Santo se lo habia profetizado; pero Javier no desistió de su empresa. Habiendo arreglado todas las cosas, así por lo que miraba á la Compañía, como á las misiones; despues de haber nombrado al padre Barcia por rector del colegio de Goa y viceprovincial, y distribuido los otros padres en las diversas misiones del Japon y de la India, se embarca con un solo hermano en una nave que iba á la isla de Sancian para pasar desde ella á la China. Despues de algunos dias de navegacion, se echó el viento repentinamente; y habiéndose aplanado las olas, quedó inmóvil la embarcacion. Como la calma duró catorce dias, llegó á faltar el agua dulce, con lo que murieron algunos al principio; y todo el equipaje, que se componia de unas quinientas personas, cayó enfermo. El Santo movido á compasion, se pone á orar; despues de lo cual baja á la chalupa con un niño, al cual le hace que pruebe el agua del mar, y le pregunta si estaba dulce; y respondiéndole el niño que estaba salada, le dice que la pruebe otra vez; y el niño la halla tan dulce como la de cualquiera fuente. Subiendo entonces el padre á la embarcacion, hace llenar de agua todas las vasijas y toneles del navío; pero corriendo todos á beber la hallaron sumamente salada: el Santo hizo la señal de la cruz sobre las vasijas, y al punto perdió el agua su gusto salobre, y quedó escelente para beber. Este milagro hizo tal impresion en los árabes y sarracenos que estaban á bordo, que creyeron en Jesucristo, y recibieron todos el bautismo. Lo restante del viaje fué una serie continuada de milagros y de profecias. Finalmente, habiendo arribado á la isla de Sancian, apenas hubo desembarcado cuando libró á la isla de los tigres de que estaba inundada. El santo Apóstol se disponia para ir á la China, de la que se descubrian ya los primeros puertos, cuando Dios le dió á conocer que se contentaba con su ardiente deseo; que queria recompensarle sus inmensos trabajos, y que la ejecucion de su designio sobre la China la reservaba á sus hermanos.

Dios trató á Javier como en otro tiempo trató á Moisés, quien murió á la vista de la tierra adonde tenia orden de conducir á los israelitas. Le entró una fiebre al padre Francisco el dia 20 de noviembre; y desde el principio de ella tuvo un conocimiento

claro del dia y hora de su muerte, como lo manifestó ingenuamente al piloto del navío. Habiéndose declarado el mal un dolor de costado muy agudo, y con una grande opresion de pecho, el Santo se vió muy en breve á los últimos, sin tener otro socorro que algunas frutas que le dió el capitán. Todo el tiempo de su enfermedad fué una continua conversacion con Dios; se le oía repetir sin cesar estas palabras: *Jesu, fili David, miserere mei*: Jesus, hijo de David, tened misericordia de mí: y en estas otras: *O sanctissima Trinitas*; y volviendo el rostro á una santísima Virgen, la decia continuamente: Madre mia muy amada, *monstra te esse matrem*: muestra que eres mi madre. Finalmente, el dia 2 de diciembre, que era viernes, teniendo los ojos bañados en lágrimas, y fijos en un crucifijo, pronunció con la mayor ternura estas palabras: *In te, Domine, speravi; non confundar in aeternum*: Señor, yo esperé toda mi vida en vos; haced que no padezca la confusion de haber esperado en vano. Y trasportado al mismo tiempo de un gozo celestial, dió apaciblemente su espíritu, á cosa de las dos de la tarde, el año 1532, á los cuarenta y seis de su edad, de los que habia empleado diez y medio en las Indias.

La nueva de su muerte hizo en todos los espíritus y corazones aquella impresion que hace la muerte de los santos. Corrieron en tropas las gentes á su cabaña para besarle los pies, y le encontraron con el rostro tan encarnado y bermejo como si estuviera vivo. Así terminó su gloriosa carrera el apóstol de las Indias y del Japon, despues de haber dilatado la Iglesia seis mil leguas mas de lo que estaba: despues de haber predicado el Evangelio á cien islas ó reinos diferentes, y convertido á Jesucristo mas de cien mil almas. Sus trabajos fueron inmensos, sus milagros infinitos. Se cuentan ocho muertos resucitados; y casi puede decirse que todos los milagros estupendos de los santos que le precedieron no igualan al número de los de este santo Apóstol.

No se dió tierra á su cuerpo hasta el domingo siguiente: su entierro se hizo sin alguna ceremonia; se le quitó la sotana, la que los oficiales dividieron entre sí. El capitán hizo cubrir el cuerpo de cal viva, para que consumiéndose antes la carne, se pudieran llevar los huesos en la embarcacion que debia volver á las Indias dentro de pocos meses. El último año de la vida del Santo se vió sudar sangre con abundancia todos los viernes á un crucifijo que estaba en la capilla del castillo de Javier; y lo mismo fué morir el Santo, que dejar la sangre de correr.

Dos meses y medio despues de la muerte del santo Apóstol, desenterraron su cuerpo, y le encontraron entero, tan fresco, tan

encarnado, tan palpable y flexible como si estuviera vivo. Las vestiduras sacerdotales, de que le habian revestido, no habian recibido la menor lesion de la cal; y el santo cuerpo exhalaba un olor tan suave y agradable, que escedia al de los perfumes mas exquisitos. Luego que llegó á Malaca cesó la peste que hacia grandes estragos en la ciudad; fué recibido como en triunfo por la nobleza, el pueblo y el clero. Despues de algunos meses fué desenterrado otra vez, y le encontraron tan entero y tan fresco como antes de enterrarle; se mandó hacer una caja de madera exquisita, y despues de haberla guarnecido de un rico damasco de la China, se puso en ella el santo cuerpo, envuelto en un paño de tela de oro, con una almohada de brocado bajo de la cabeza. Este precioso depósito fué recibido en Goa con toda la pompa y veneracion que le era debida. El virey con toda su corte, la nobleza y los magistrados acompañaban á la clerecía. Este santo tesoro fué depositado en la iglesia de S. Pablo del colegio de la Compañía de Jesus al son de campanas, y al ruido de toda la artillería, donde todavía se conserva con mucho cuidado: se obraron infinitos milagros en todos los parajes por donde pasó el santo cuerpo; y Dios continua hoy en hacer otros muchos por la intercesion de este gran Santo, no solo en Goa, sino en todo el mundo.

Despues de un jurídico exámen de las virtudes y milagros innumerables de este gran siervo de Dios, el papa Paulo V declaró beato á Francisco Javier, presbítero de la Compañía de Jesus, el dia 25 de octubre de 1619; y el papa Gregorio XV, sucesor de Paulo V, le canonizó solemnemente el dia 12 de marzo de 1622. El papa en la bula de su canonizacion le llama Apóstol de las Indias, y dice que su apostolado tuvo todas las señales de una vocacion divina, como son el don de milagros, el de profecía, el de lenguas, con las mas perfectas virtudes evangélicas. Se puede decir con verdad, que no se vió jamás un agregado mas pasmoso de virtudes, todas eminentes, como el que se notó en este Santo: su amor de Dios, tierno, ardiente y generoso, era sin medida; su zelo por la salvacion de las almas sin límites; su pobreza y su mortificacion escesivas; su humildad tan profunda, que jamás escribió á S. Ignacio su general que no fuese de rodillas; y en una carta firma de este modo: El menor de vuestros hijos y el mas apartado de vos, Francisco Javier. Su devocion á la santísima Virgen fué tan tierna, tan perfecta y tan llena de confianza, que jamás pedia nada á nuestro Señor sino por la intercesion de su Madre. Acababa todas las instrucciones con la *Salve Regina*. Cuando pasaba las noches en oracion en la igle-

sia, casi siempre era delante de alguna imágen de la Madre de Dios. Tomé á la Reina del cielo por mi patrona, dice en una de sus cartas, para alcanzar el perdon de mis innumerables pecados; sobre que habia hecho voto de defenderla toda su vida. El cuerpo del Santo subsiste siempre en Goa; solo un brazo entero fué llevado á Roma, y se conserva con mucha veneracion en la iglesia de la casa profesa de los jesuitas, que se llama Jesus. (*La Novena de este Santo véase el dia 5 de marzo.*)

#### SAN CASIANO, MÁRTIR.

**T**AL dia como hoy padeció por la fe de Cristo el notario que escribia el juicio que Aurelio Agricolano hacia del bendito S. Marcelo. Llamábase Casiano. Este pues habiendo visto la serenidad y constancia del santo centurion en aquel tribunal, y la rabia y furia con que el presidente vencido de las respuestas que se le daban, prorumpia en espresiones desatinadas, así que oyó la sentencia que se le dictaba contra Marcelo, arrojó el códice y la pluma, no queriendo escribir cosa tan detestable. Al ver esta accion se pasmaron todos los circunstantes; pero el bendito S. Marcelo conociendo por divina inspiracion que Casiano habia de ser compañero suyo en el martirio, mostró en su rostro la alegría de su corazon. Agricolano se levantó de su silla con gran cólera, y preguntó á Casiano, por qué causa habia arrojado al suelo el códice y la pluma. Y Casiano respondió, que no tenia otro motivo que la execrable sentencia que acababa de oír contra Marcelo. Mandó el juez que le pudiesen en la cárcel, y habiendo llegado el dia 3 de diciembre, se examinó su causa en el lugar que la de S. Marcelo, dando el bienaventurado Casiano, como buen discípulo del santo centurion, las respuestas que habia oído de éste cuando hacia el oficio de notario, siguiéndose á ellas tambien la misma sentencia, que se ejecutó en el espresado dia 3 de diciembre. (*M. Risco, t. 54, p. 547.*)

*La misa es en honor de S. Francisco Javier, y la oracion la que sigue:*

O Dios, que por la predicacion y milagros del bienaventurado Francisco quisiste agregar á tu Iglesia los pueblos de las Indias: concédenos que imitemos los ejemplos de sus virtudes, ya que honramos sus merecimientos. Por nuestro Señor, etc.